

que Carlo-Magno tenia un sucesor. Lo mismo que en Paris, Napoleon se coronó á sí mismo y agarrando la corona sobre el altar: *Dios me la da, dijo; cuidado á quien la toque!* » Estas palabras sirvieron de lema á la órden de la corona de yerro que se creó entonces. El 8 de junio, Napoleon nombró virey de Italia al principe Eugenio. No podia dar mayor prueba de su confianza á sus nuevos vasallos que la eleccion de un representante que era el hijo de su adopcion y el discípulo de su gloria militar.

El 3 de junio, el dux Durazzo, el arzobispo de Génova y una diputación del senado de aquella república vinieron á Milan á pedir la reunion del estado de Genova al imperio frances. El 9, M. de Champagny, ministro del interior, proclamaba en Génova esta incorporacion, y la division del territorio en tres departamentos: Génova, Montenotte y los Apeninos. El mismo dia, el Emperador presidió en Milan la abertura solemne del cuerpo legislativo del reino de Italia y recibió el juramento del virey. Dió fin á su discurso con estas palabras que debieron espantar á la casa de Austria: « Espero que mis pueblos de Italia se harán acreedores al lugar que les estoy

» guardando en mi pensamiento y tendrán presente que las fuerzas de las armas es el apoyo principal de los estados. Ha llegado por fin la ocasion para esta juventud, que vive en la ociosidad de las grandes ciudades, de acometer los peligros y las fatigas de la guerra.»

La Italia contestó noblemente bajo su virey al llamamiento que la hizo Napoleon. La gloria militar del nuevo pueblo, desde el principio, aumentó la de la Francia, se mantuvo igual á ella y murió del mismo suplicio, la traicion y la invasion extranjera.

Doz embajadas especiales llegaron tambien á Milan. La una traia á Napoleon la decoracion de Portugal y la otra una carta de parabien del Santo Padre. S. S. acababa la carta con el siguiente cumplido: « La reciprocidad de nuestro amor, y la ternura paternal que experimentamos hácia vos, nos hace muy precioso todo cuanto pueda aumentar vuestra gloria.»

El 10 de junio, el Emperador salió de Milan para continuar la revista de los trofeos de Italia. Cuarenta mil hombres mandados por los mariscales Jourdan y Bessieres, estaban aguardando acampados en Castiglione donde

repartió, como lo habia hecho en Marengo, las cruces de honor. Despues visitó á Peschiera, á Verona, á la intomable Mántua y á la ciudad de Boloña en donde se detuvo hasta el 21. Allí dió audiencia al marques de Gallo, enviado del rey de Nápoles y á la diputacion del senado de Luca que pedia un soberano á la Francia. Poco despues, esta pequeña republica, constituida en principado, fue dada á la princesa Elisa que fue despues gran duquesa de Toscana. El 21 de julio siguiente, el estado de Parma obtuvo tambien el honor de ser reunido al grande imperio.

En fin, el 30 de junio, Napoleon entró en Génova acompañado por los embajadores de Nápoles y Portugal. Tomó posesion con el mayor aparato de la antigua rival de Venecia. El Emperador, en medio de la pompa de una tercera coronacion, recibió en la catedral los juramentos y repartió las decoraciones.... El cardenal Maury, célebre por su oposicion á la revolucion francesa y admitido en 1792 en el consejo de los príncipes emigrados, se presentó á Napoleon en Génova y logró facilmente permiso para venir á Paris.

El 9 de julio, el Emperador llegó á Turin y

salió mientras maniobraba la guarnicion; el 11 estaba en Fontainebleau, donde tuvo noticia del segundo combate de la escuadrilla batava, que bajo las órdenes del almirante Verhuell, triunfó el 17 y 18 de julio de los esfuerzos de la escuadra inglesa, que tenia el primer dia quince navíos y cuarenta y cinco el segundo. La escuadrilla llegó á su destino que era el puerto de Ambleteuse. Esta accion audaz que puso al almirante Verhuell en el rango de los primeros hombres de guerra de la Europa, tuvo una particularidad verdaderamente caballeresca y conforme al genio belicoso de los grandes militares de aquella época. El mariscal Davoust que mandaba el acampamento de Dunkerque, al momento en que la escuadrilla batava estaba aparejando, quiso servir como voluntario bajo el pabellon del almirante. Montó abordo del buque que se puso á la cabeza de la línea de batalla, y fue, á la vez, ilustre testigo é historiador de esta hazaña, corriendo peligros sin esperanza de gloria.

Pero, mientras que Napoleon estaba armándose en Milan, la Inglaterra, recelosa de un desembarco de parte de la Francia, firmaba

en Petersbourg un tratado por el cual la Rusia se obligaba á poner en pie un ejército de ciento y setenta mil hombres para reconquistar el Hanover, libertar á la Holanda y á la Suiza, restablecer al rey de Cerdeña sobre su trono, hacer evacuar el reino de Nápoles y ganar para el Austria una *frontera* en Italia; en una palabra, la Inglaterra, que habia roto el tratado de Amiens, armaba la Europa contra el de Luneville.

Es de notar que la potencia que iba á adherir públicamente al nuevo tratado de coalicion, renovó ocho años mas tarde, en las negociaciones que precedieron al congreso de Praga; las mismas condiciones; tanta era la tenacidad del sistema político del Austria, desde el origen, para humillar á la Francia! La corte de Viena, fiel al principio de una temporizacion astuciosa que siempre encubre la marcha de aquel gobierno, primero aparentó querer hacer solamente el papel de conciliadora, proponiendo su mediacion á la Francia para con las cortes de Londres, Petersbourg y Stokolm. Luego se quejó de que se quebrantase el tratado de Luneville, con la creacion del reino de Italia y la agregacion de Génova á la

Francia, sin embargo de que el Austria tenia su representante en Luneville, cuando el artículo 11 estipulaba á favor de los Italianos y de los Ligurianos la facultad de adoptar la forma de gobierno que les conviniese y de disponer de sí mismos á su alvedrio. Y ¿cómo podia quejarse de haber padecido engaño en aquella época en que le era fácil penetrar el verdadero sentido de independenciam estipulada á favor de esos estados? ¿Por qué no pidió entonces explicaciones francas? La razon es muy clara. El Austria tenia que disimular en aquel tiempo, y ahora presentaba sus observaciones bajo el velo de una intervencion oficiosa. Su generosidad era un mero cálculo, pues Viena estaba ya unida con Londres, Petersbourg y Stokolm. La embajada de Cobentzellen Aquisgran tenia por objeto encubrir esta inteligencia, y, en el dia, la corte de Austria se presentaba como mediadora, unicamente para ganar tiempo y acabar sus armamentos. En fin adhirió el 9 de agosto al tratado de coalicion del 11 de abril, y aceptó una parte en el reparto de los subsidios ingleses. Esta potencia ensayaba en 1805 el papel que hizo despues en 1813; arguyendo de repente de la infrac-

cion del tratado de Luneville, apareció armada en Baviera, sin declaracion de guerra, como despues se abalanzó sobre el campo de batalla de Dresde, con el pretesto del rompimiento del congreso de Praga.

En efecto, el 16 de agosto sus ejércitos se pusieron en movimiento. Noventa mil hombres iban bajo las órdenes del archiduque Fernando, cuya tutela militar estaba encargada á la impotente presuncion del general Mack. El 7 de septiembre, este príncipe invadió repentinamente la Baviera, cuyo ejército quiso Francisco II incorporar con el suyo, siguiendo el ejemplar dado por la Inglaterra que atacó en medio de la paz á los puertos y á los navíos de España.

La corte electoral de Munich tuvo que refugiarse á Wurtzbourg. Treinta mil hombres mandados por el archiduque Juan tomaron posicion en el Tirol, y el archiduque Carlos, á la cabeza de cien mil combatientes, se dirigió, á pesar suyo, hácia el Adige para vengar los recuerdos de Italia.

Napoleon que habia seguido el Austria en el dédalo de su tenebrosa política, y que cono- cía los empeños secretos de esta potencia con

la Inglaterra y con la Rusia, tuvo noticia de estos movimientos en el acampamento de Boloña, donde habia venido por algunos dias. Sabia que, á pesar de sus órdenes formales y en perjuicio de la alta empresa que hubiera abatido el orgullo y el despotismo de la Inglaterra, el almirante Villeneuve habia entrado con la escuadra combinada en los puertos de España; sin embargo estaba todavía esperando que el almirante, despues de haber reunido la escuadra de Cartagena á la grande escuadra española y francesa, volveria á hacerse á la vela con cuarenta y tres navíos de línea, y que, auxiliado por la escuadra del almirante Lallemand, se presentaria delante de Brest, para sacar á Gantheaume del estado de bloqueo en que se hallaba, y llegaria al canal con sesenta y ocho navíos, cubriendo de este modo el paso de la escuadrilla que debia llevar el ejército y la fortuna del nuevo César. En el estado de dispersion en que se hallaban las escuadras inglesas, Cornwallis apenas tenia cuarenta navíos que oponer á esta inmensa reunion de fuerzas. De manera, que á pesar de tantos lances contrarios, á pesar de las faltas graves que acababan de estorbar las pro-

fundas concepciones del ingenio, la expedición se hubiera logrado si Villeneuve se hubiese dado prisa en reparar, como lo podía aun, las consecuencias funestas de su inconcebible desobediencia á las órdenes del Emperador.

Napoleon aguardó durante algunos dias la llegada del almirante, consagrándolos con su ardor acostumbrado á preparar todos los medios de repeler una agresion injusta y de ir á castigar á sus autores, dentro de la capital misma del Austria. Un decreto expedido en el acampamento imperial el 26 de agosto, puso en actividad á setenta mil conscriptos, entre ellos á treinta mil de la reserva destinada á poner el ejército sobre el pie de guerra. La Francia y la Italia contestaron únanimemente al llamamiento del Emperador. Al paso que formaba un ejército formidable, que se ocupaba de la seguridad interior de la Francia, y que se estaba disponiendo á ir corriendo á Alemania, sin olvidarse de tomar todas las medidas necesarias para conservar los inmensos preparativos dispuestos para la invasion de la Inglaterra, Napoleon estaba formando en su pensamiento el vasto plan de las memorables ope-

raciones militares de la campaña de Austerlitz. No debe omitirse en la vida de este gran capitán el hecho referido por un testigo cuyo testimonio nadie podra impugnar. « M. Daru estaba en Boloña desempeñando las funciones » de intendente general del ejército. Una mañana el Emperador le llama; Daru le halla » encendido en cólera, recorriendo su cuarto » á pasos precipitados, é interrumpiendo su » silencio, con estas solas espresiones.... Que » marina!.... Qué almirante!.... Cuántos sacrificios perdidos!.... Mis esperanzas se han » perdido.... Este Villeneuve!.... En vez de estar en la Mancha, acaba de entrar en el Ferrol! Todo esta perdido! Se verá bloqueado! » Daru, sentaos, oid y escribid... El Emperador » habia recibido al amanecer la noticia de la » llegada de Villeneuve en un puerto de España; desde luego vió que la expedición de » Inglaterra no podia efectuarse, y que los » gastos inmensos de la escuadra y de las escuadrillas estaban perdidos para mucho » tiempo y acaso para siempre! Entonces en » el primer movimiento de un furor, que suele » no dejar á los demas hombres en su juicio, » habia tomado la resolucion la mas atrevida

» y bosquejado el plan de campaña mas admirable que ningun conquistador haya podido concebir con tiempo y á sangre fria. » Sin hesitar, sin parar, notó por entero el plan » de la campaña de Austerlitz, la marcha de » todos los cuerpos de ejército desde el Hano- » ver y la Holanda hasta los confines del Este » y del Sur de la Francia; el órden de las » marchas, su duracion, los puntos de convergencia y de reunion de las columnas; las » sorpresas y los ataques á viva fuerza, los » movimientos diversos del enemigo; todo » quedo previsto y la victoria asegurada en » todas las hipotesis. La exactitud y la » prevision de este plan eran tales que, sobre » una línea de salida de doscientas leguas, las » líneas de operacion de trescientas leguas de » largo se siguieron conforme á las indicaciones primitivas, dia por dia y punto por punto hasta Munich. Mas allá de aquella capital se alteraron algo solamente las épocas, pero no los lugares, y el conjunto del plan se logró enteramente. »

En el momento mismo en que iba á poner sus tropas en movimiento bajo el nombre de *ejército grande*, substituido al de *ejército*

de *Inglaterra*, Napoleon encargó á su mariscal del palacio Duroc ir á Berlin para asegurarse de la neutralidad de la Prusia. En esta negociacion triunfó la diplomacia francesa, á pesar de los esfuerzos de los generales rusos, del príncipe de Metternich y de otros personajes, no menos eminentes, reunidos en Berlin para atraer la corte de Prusia á la coalicion. Un ejército de cien mil hombres, mandado por el anciano mariscal de Mollendorf, sabio consejero de su rey en esta circunstancia, y una reserva de cincuenta mil hombres, mandados por el rey en persona, afianzaron su neutralidad armada.

Antes de salir de Boloña, el Emperador mudó la escuela de San-Cyr en Pritaneo militar frances, como lo era la escuela especial de Fontainebleau. El 4 de septiembre, el Emperador estaba de vuelta en Paris donde halló á un negociador enviado por el rey de Nápoles, con quien arregló el 21 una neutralidad desarmada.

Noventa mil Franceses estaban andando hacia el Austria; un mes despues, siete cuerpos de ejército, bajo la conducta de los mariscales Bernadotte, Davoust, Soult, Lannes, Ney,

Augereau y del general Marmont, y una gran reserva de caballería, mandada por el mariscal Murat, se dirigieron sobre la orilla derecha del Rhin. Napoleon iba á hallarse en Alemania á la cabeza de ciento y sesenta mil hombres. Massena, sulugarteniente, consesenta mil hombres, sostenidos por los veinte y cinco mil de la ocupacion napolitana del general Gouvion San-Cyr, iba á medir sus fuerzas con el archiduque Carlos. El Emperador dirigió desde Paris al mariscal, el 17 de septiembre, un plan de campaña en el que le mandaba romper las hostilidades el 27. Toda la Europa estaba sobre las armas. La tarea que tenia que llenar Massena era difícil, pues el archiduque tenia de su lado la ventaja de una fuerte posicion, y mayor número de tropas. Ademas de que una escuadrilla armada en Trieste y Venecia y apoyada con unas fragatas rusas, estaba pronta á auxiliar su ala izquierda. Pero los Franceses se hallaban sobre el terreno de sus hazañas pasadas, y en defecto de Bonaparte contaban sobre la intrepidez y el carácter del héroe de Rivoli, vencedor de los Austriacos en veinte batallas coronadas por la de Zurich.

Entretanto Napoleon no dejaba perder nin-

guna ocasion de borrar todos los recuerdos de la República. Por un senado-consulta del 12 de septiembre, se restableció el calendario gregoriano; con todo, si la Europa creyó haber triunfado del sistema republicano en el 18 de brumario, sin duda hechaba menos, en el dia, al consulado y sobre todo al Directorio, viendo dos grandes coronas reunidas sobre la cabeza del primer capitan de los tiempos modernos.

El gobierno consular de Bonaparte, sin duda convenia mejor á la Europa y acaso á la Francia. El sello de la República existia aun; la magestad de nuestras fronteras era una ley que no podia infringirse sino para defenderse, y los Franceses presentaban el aspecto de un pueblo compacto á quien era prudente no atacar dentro de sus barreras naturales.

Pero, si el ódio exterior contra el Emperador se mostraba violento, la exaltacion de la Francia, con respecto á Napoleon, era todavía mayor. El 23 de septiembre vino con toda solemnidad al senado, donde su ministro de relaciones exteriores leyó la exposicion de los agravios recibidos de parte de la casa de Austria. Despues de haber leído el informe se